

2012

A Sofía Gandarias

Carlos Fuentes

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Fuentes, Carlos (April 2012) "A Sofía Gandarias," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 75, Article 25.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss75/25>

This Notas is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

CARLOS FUENTES

A SOFÍA GANDARIAS

El arte popular y el arte antiguo se asemejan en dos cosas: son anónimos y no pretenden ser originales. Resultado de la soberbia humanista del Renacimiento, tener un nombre y ponerlo al pie de un cuadro o de un monumento es una novedad para la tradición colectiva y anónima de la Edad Media. Nombre y sobrenombre, dice Montaigne: las aventuras del Yo son las de la modernidad occidental, por más que Pascal lo juzgue “detestable.”

En cambio, nadie firma ni las catedrales de Chartres y Aquisgrán, ni los modestos retablos de las iglesias barrocas de México. Escuelas—¿talleres?— enteros del otoño de la Edad Media se presentan como “Maestros de la Leyenda de Santa Úrsula,” “Maestros de la Magdalena.” Nombre y sobrenombre, *hubris*, *facies*, despiden pronto esa modestia. Evitando los escollos del solipsismo, los grandes retratistas de Europa le dan a su arte una función social, a veces hasta democrática: aquí está el rostro que, de otra manera, no tendría evidencia, no dejaría rastro de su paso por el mundo. Le dan, a veces, una dimensión tan íntima que se proyecta con melancolía: los autorretratos de Rembrandt.

Sofía Gandarias, en la gran tradición velazqueña, española, del retrato que es seña de identidad, prueba de exis-ten-cia y ejercicio irónico entre la fama infame y la invisibilidad visible, entre el monarca y los anarcas, entre Felipe IV y los obreros disfrazados de dioses, entre Carlos IV y los enamorados de las fiestas de San Isidro, nos ofrece retratos de nuestro tiempo en los que la figura y su tiempo son inseparables. Podríamos llamarla “La Maestra del Siglo Más Breve.” Lo ha sido el nuestro: de Sarajevo 1914 a Sarajevo 1995, nuestro siglo de apenas ochenta y un años se inicia con el asesinato del Archiduque Francisco Fernando por el nacionalista serbio Gavrilo Prin-zip y termina con el genocidio de una ciudad entera por la arrogancia nacionalista serbia en 1995.

No todos los retratos de Sofía son sobre Sarajevo, pero es como si lo fueran. La brevedad del siglo tiene el nombre de Sarajevo y la sombría luz de la ciudad martirizada planea sobre todos los retratos de esta serie, explícitamente cuando se trata de Susan Sontag y Juan Goytisolo, que tanta vida le han dado a la muerte de Sarajevo, implícitamente en los retratos “mundanos” de Nureyev o Coco Chanel, en los que, sin embargo, un sabio e inquietante uso de la luz crea la comunidad de ambiente, la identificación de destinos: todos vivimos bajo un sol de noche inventado por Sofía Gandarias para iluminar, sombríamente, eso que Goytisolo, con exactitud verbal, llama el “urbicidio,” la muerte de la ciudad. Y la ciudad, después de todo, es la civilización, el arte de vivir en ciudades. Un gorila se asoma en la esquina de las ciudades devastadas por la mano criminal del poder armado. Nos anuncia nuestro fin, nuestro regreso al origen mudo, onanista, estéril, bufonesco, de las “monerías” ultra o pre-civilizadas. Hay un gorila en su futuro.

El corto siglo XX, sus desesperados, lúcidos, pasajeros artistas—tantos de ellos, como Sofía, españoles: Buñuel, Valle Inclán, Picasso, Miró, Alberti, Lorca, Cernuda, Hernández, Tapies, los Saura, Berlanga, Prados, Guillén, Pedro Salinas, Chillida—buscaron afanosamente, a partir de la representación crítica de una de las culturas más ricas de Europa, el rostro de la universalidad contemporánea. Es una de las características más espléndidas de España, tantas veces dormida, tantas veces altanera, tantas veces harapienta y mendicante, que en sus momentos maravillosos logra resumir en grandes figuras el temple universal de toda una época: ayer Quijote, Celestina y Don Juan; hoy, toro de Guernica, ojo rebanado de Buñuel, forma para siempre liberada de Miró. A la postre, sin embargo, el genio español se resume en este descubrimiento: la única universalidad de nuestro tiempo es la universalidad de la violencia. Es el pasaporte de nuestra humanidad contemporánea. Las visas de entrada—rara vez de salida—rezan: Auschwitz, Gulag, Hiroshima, Sarajevo.... En mi propio retrato, Sofía Gandarias ha recordado la violencia mexicana, latinoamericana. Mi contexto es la Plaza de las Tres Culturas, el espacio ensangrentado donde Pedro de Alvarado alanceó a miles de aztecas indefensos durante las fiestas de Toxcatl en 1521, donde Gustavo Díaz Ordaz ordenó la muerte de más de quinientos jóvenes mexicanos en 1968: Tlatelolco, nombre del sacrificio. Se llama “Trelau” en Argentina, “Dawson” en Chile....

Sofía Gandarias abarca y universaliza de este modo la violencia de nuestro pequeño siglo veinte. Cada una de sus pinturas es una protesta, una llamada de alarma contra ese otro peligro designado por Goytisolo, el memoricidio. *Libro de la Risa y el Olvido*, tituló Milán Kundera una de sus grandes novelas. Esta exposición de Sofía Gandarias, más bien, merecería llamarse *Libro de la Sonrisa y de la Memoria*. Porque si aquí hay denuncia, dolor, violencia, también hay gracia y hay recuerdo. Es decir, hay salvación posible.

¿A través de la tolerancia? Hablaba hace poco en México con la novelista norteamericana Toni Morrison. A ella no le agrada la palabra “tolerancia.” Por

supuesto que, mujer negra, detesta la intolerancia. Pero no le opone la tolerancia, que puede escucharse como patronazgo, compasión, abstención en cierto modo. ¿Qué es lo opuesto a la intolerancia? Más bien lo mismo que aquí pinta Sofía Gandarias: la fraternidad activa, la imaginación compartida, el compromiso y la participación—, tal y como ella, la Sontag y Goytisolo lo han hecho en Sarajevo, y otros artistas y escritores, en otras latitudes, tratan de hacerlo en un mundo cuyos frentes fraternales, violentos, dolorosos, urbicidas, memoricidas, se han abierto y multiplicado al terminar la Guerra Fría: las calles de Río y sus meninos, la frontera México-Estados Unidos y sus indocumentados balaceados por guardias norteamericanos, Chiapas y su cultura indígena, Chicago y sus niños asesinos de otros niños, Francia y sus argelinos discriminados, Alemania y sus turcos hostigados, España y sus sudacas despreciados, el antisemitismo, la homofobia militantes: rechazo de la intolerancia, abrazo de la fraternidad activa.

Dostoyevski joven le dijo al ilustre crítico Belinsky que su propósito literario era dar cuenta del dolor de toda la humanidad. Esto es imposible, le contestó el crítico, la empresa sería demasiado numerosa. No, le dijo entonces Dostoyevski, me basta describir al último de los hombres. Sofía Gandarias nos entrega ahora, con brocha de retratista española, velazqueña, bajo la luz del sol de noche hispánico, el rostro del último sufrimiento, de la más reciente violencia. Ella es la Maestra del Siglo Más Breve.

San Jerónimo, México, marzo de 1995